

Maria Helena Saleme*

Silvia Bleichmar: la fuerza y la ternura

A comienzo de los 90 llega al Instituto Sedes Sapientiae una psicoanalista argentina, militante, una mujer pensadora de la cultura.

Fue en un evento realizado en nuestro Departamento de Formación en Psicoanálisis. Invitamos a Silvia a una jornada de trabajo para hablar sobre la heterogeneidad del inconsciente. Yo tuve el placer de presentarla. Inauguré la jornada leyendo su extenso currículum frente al público que llenaba el auditorio del Sedes. Nunca podría imaginar lo que sucedería a partir de este acontecimiento.

Silvia Bleichmar comenzó su exposición y habló durante dos horas seguidas sobre metapsicología, sobre las representaciones y el estatuto de las representaciones originarias. El tema hubiera sido arduo si no fuera porque Silvia, hablando, disertaba desde su vasta experiencia clínica con mucho entusiasmo. Puedo afirmar que, durante todo ese tiempo, no miró ninguna anotación. Los conceptos y la clínica estaban integrados en ella de tal manera que la seguíamos con mucho interés.

En la tarde, en un grupo más pequeño, el encuentro estuvo dedicado a los casos clínicos. Pudimos, entonces, tener el privilegio de acceder a la construcción de su pensamiento clínico y de su escucha. Como ella misma dijo, un analista confecciona alta costura y no *prêt-à-porter*.

De hecho, fue un acontecimiento. Silvia nos contagió su entusiasmo, el rigor de su postura y la proximidad a sus pacientes. Como un portal que se abre, reavivó en nosotros el deseo de viajar con ella por el psicoanálisis. Aquella noche volvió a Buenos Aires.

Poco tiempo después fuimos a Buenos Aires al *Coloquio sobre el pensamiento de Silvia Bleichmar*. Encontramos allí grupos de psicoanalistas de Buenos Aires, Rosario, Córdoba, Chile, Uruguay y Brasil. ¡Y Silvia nos recibió con comida mexicana! Era excelente cocinera y disfrutaba cocinar, y ponía en la preparación de sus platos el mismo cuidado y la misma seriedad que le dedicaba a su trabajo intelectual. Los tacos rellenos de guacamole, el aroma de los condimentos mexicanos, eran una de las demostraciones de su amor por México, así como la infinidad de figuras de barro y cuadros de la cultura mexicana que daban testimonio de un importante momento de su vida.

* Psicoanalista. Instituto Sedes Sapientiae, San Pablo.

Inmediatamente después, dos amigas y colegas del Sedes, Cristina Perdomo y Alicia Brasileiro de Mello, tuvieron la iniciativa de formar un grupo de trabajo para estudiar el pensamiento de Silvia Bleichmar. Empezamos así un largo, fecundo y enriquecedor intercambio que se extendió hasta que su enfermedad, ya avanzada, le impidió proseguir con sus viajes.

Conviví en este período con una mujer valiente, que luchaba por sus ideales, nacidos y sostenidos desde su adolescencia. Quería promover un cambio por el cual el mundo se volviera menos injusto y desigual. En la Argentina efervescente de comienzos de los 70, Silvia formaba parte de una juventud dispuesta a llevar adelante el proyecto de hacer del mundo un lugar mejor, y compartían el sueño de volverlo menos indigno. Esa propuesta no fue viable y México la acogió. La lucha le costó el exilio en el año 1976.

Fue así que México entró en su vida y se mantuvo en su corazón. Gratitud por la “acogida”, nuevos lazos de amistad y, sobre todo, un trabajo fantástico que realizó junto a su marido, también psicoanalista, Carlos Schenquerman, con las víctimas del terremoto que México padeció en setiembre de 1985.

Era una militante, aplicaba sus instrumentos intelectuales para sumar fuerzas al ámbito público. Nuestra América Latina tan escandalosamente desigual le dolía en el alma.

De regreso en su país, continuó ocupando un lugar combativo en la sociedad y escribió *Dolor País* (Bleichmar, 2002), parodia del índice “riesgo país”. Era su forma de demostrar indignación.

Recordemos también cómo se implicó en el trabajo de atención a los afectados por el atentado contra la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), en Buenos Aires. Con su experiencia mexicana llevó adelante un trabajo sin igual, en ese momento doloroso de su país.

¿Y Silvia, la lectora voraz? Nutría sus pensamientos con autores diversos, desde el paleontólogo Stephen Gould a Sartre o Cortázar. Su placer por la lectura era contagioso. También era una contumaz cinéfila. Sus clases abundaban en menciones a películas o textos literarios. Para ella no escaseaba el tiempo. Sabía que la vida no era larga y por ello aprovechaba cada segundo.

Tampoco sabía que sería tan corta.

¡Sentimos tanto su pérdida! La vamos a extrañar.

Referencias

Bleichmar, S. (2002). *Dolor país*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.